

TRAZOS

RESEÑA DE PRENSA DE LA OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN COLOMBIA

No. 19



Gimnasio Tundama

44 años de labor social en Bogotá



San Josemaría Escrivá: Pasión por la libertad

Por Salvador Bernal

La Iglesia es mucho más que una institución humana

Por Mons. Javier Echevarría,
Obispo Prelado del Opus Dei

No hay un conflicto inevitable entre la fe sobrenatural y el progreso científico, afirma Benedicto XVI ante la Academia Pontificia de las Ciencias

Tomado de www.vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

El creciente «avance» de la ciencia, y especialmente su capacidad para controlar la naturaleza a través de la tecnología, en ocasiones ha sido asociado con una correspondiente «retirada» de la filosofía, de la religión e incluso de la fe cristiana. De hecho, algunos han visto en el progreso de la ciencia y de la tecnología modernas una de las principales causas de secularización y materialismo: ¿por qué invocar el dominio de Dios sobre esos fenómenos, cuando la ciencia ha mostrado su propia capacidad de hacer lo mismo?

Ciertamente la Iglesia reconoce que el hombre «gracias a la ciencia y la técnica, ha logrado dilatar y sigue dilatando el campo de su dominio sobre casi toda la naturaleza» de manera que «un gran número de bienes que antes el hombre esperaba alcanzar sobre todo de las fuerzas superiores, hoy los obtiene por sí mismo» (*Gaudium et spes*, n. 33). Al mismo tiempo, el cristianismo no plantea un conflicto inevitable entre la fe sobrenatural y el progreso científico. El punto de partida de la revelación bíblica es la afirmación de que Dios creó a los seres humanos, dotados de razón, y les puso por encima de todas las criaturas de la tierra. De este modo, el hombre se convirtió en quien administra la creación y en el «ayudante» de Dios. Si pensamos, por ejemplo, en la manera en que la ciencia moderna, ha contribuido a la protección del ambiente, previendo los fenómenos naturales, al progreso de los países en vías de desarrollo, a la lucha contra las epidemias y al aumento de la esperanza de vida, queda claro que no hay conflicto entre la Providencia de Dios y la acción del hombre. De hecho, podríamos decir que el trabajo de prever, controlar y gobernar la naturaleza, que la ciencia hace hoy más factible que en el pasado, forma parte en sí mismo del plan del Creador.

Sin embargo, la ciencia, si bien es generosa, sólo da lo que tiene que dar. El ser humano no puede depositar en la ciencia y en la tecnología una confianza tan radical e incondicional, como para creer que el progreso de la ciencia y la tecnología puede explicarlo todo y satisfacer plenamente sus necesidades existenciales y espirituales. La ciencia no puede sustituir a la filosofía y a la revelación, dando una respuesta exhaustiva a las cuestiones fundamentales del hombre, como las que conciernen al sentido de la vida y de la muerte, a los valores últimos y a la naturaleza del progreso.

Por este motivo, el Concilio Vaticano II, tras haber reconocido los beneficios alcanzados por los progresos científicos, subrayó que «el método de investigación [...] se considera sin

razón como la regla suprema para hallar toda la verdad», añadiendo que se da «el peligro de que el hombre, confiado con exceso en los inventos actuales, crea que se basta a sí mismo y deje de buscar ya cosas más altas» (*Ibidem*, n. 57).

La posibilidad de predicción científica suscita también la cuestión de las responsabilidades éticas del científico. Sus conclusiones tienen que estar guiadas por el respeto de la verdad y por el reconocimiento honesto, tanto de la precisión como de las inevitables limitaciones del método científico. Ciertamente esto significa evitar innecesariamente predicciones alarmantes cuando no están sostenidas por datos suficientes o sobrepasan la capacidad actual de la ciencia para hacer previsiones. Al mismo tiempo, se debe evitar lo contrario, es decir, callar, por temor, frente a los auténticos problemas. La influencia de los científicos en la formación de la opinión pública en virtud de su conocimiento es demasiado importante como para ser socavada por una indebida precipitación o por una publicidad superficial.

Como mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, observó en una ocasión: «Por eso los científicos, precisamente porque "saben más", están llamados a "servir más". Dado que la libertad de que gozan en la investigación les permite el acceso al conocimiento especializado, tienen la responsabilidad de usarlo sabiamente en beneficio de toda la familia humana» (Discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias, 11 de noviembre de 2002).



Queridos académicos, nuestro mundo os mira a vosotros y vuestros colegas para comprender claramente algunas de las posibles consecuencias de muchos fenómenos naturales. Pienso, por ejemplo, en las constantes amenazas al medio ambiente que afectan a poblaciones enteras y la necesidad urgente de descubrir fuentes alternativas de energía, seguras y disponibles para todos. Los científicos encontrarán ayuda en la Iglesia a la hora de afrontar estos temas, porque ha recibido de su divino Fundador la tarea de encaminar a las conciencias hacia el bien, la solidaridad y la paz. Precisamente por este motivo considera que tiene el deber de insistir en que la capacidad científica de control y previsión no se debe emplear jamás contra la vida y la dignidad del ser humano, sino que debe ponerse siempre a su servicio y al de las generaciones futuras.

Hay, por último, una reflexión que nos puede sugerir hoy el tema de vuestra asamblea. Como han subrayado algunas de las relaciones presentadas en los últimos días, el mismo método científico, en su capacidad de reunir los datos, elaborarlos y utilizarlos en sus proyecciones, tiene límites propios que restringen necesariamente la posibilidad de predicción científica en determinados contextos y aspectos. La ciencia, por tanto, no puede querer proporcionar una representación completa y determinista de nuestro futuro y del desarrollo de cada fenómeno que estudia.

La filosofía y la teología podrían aportar, en este sentido, una contribución importante a esta cuestión fundamentalmente epistemológica, ayudando por ejemplo a las ciencias empíricas a reconocer la diferencia entre la incapacidad matemática para predecir ciertos acontecimientos y la validez del principio de causalidad, o entre el determinismo o la contingencia (casualidad) científicos y la causalidad a nivel filosófico, o más radicalmente, entre la evolución como el origen de una sucesión en el espacio y el tiempo, y la creación como el origen último del ser participado en el Ser esencial.

Al mismo tiempo, hay un nivel más elevado que necesariamente supera todas las predicciones científicas, es decir, el mundo humano de la libertad y de la historia. Mientras que el cosmos físico puede tener su propio desarrollo espacio-temporal, sólo la humanidad, en sentido propio, tiene una historia, la historia de su libertad. La libertad, como la razón, es una parte preciosa de la imagen de Dios dentro de nosotros, y nunca podrá quedar reducida a un análisis determinista. Su trascendencia con respecto al mundo material tiene que ser reconocida y respetada, pues es un signo de nuestra identidad humana. Negar esta trascendencia en nombre de una supuesta capacidad absoluta del método científico de prever y condicionar el mundo humano implicaría la pérdida de lo que es humano en el hombre y, al no reconocer su unicidad y su trascendencia, podría abrir peligrosamente las puertas a su abuso.

Eutanasia y testamento vital

Por el cardenal Javier Lozano Barragán presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud

Tomado de www.unav.edu.es

En el debate actual sobre la eutanasia a mi parecer destacan cuatro puntos que hay que clarificar: qué es la eutanasia, qué es el ensañamiento terapéutico, qué son los cuidados paliativos y qué es el testamento biológico. Aclarados estos puntos hay que ir a los problemas fundamentales. El más profundo es el dominio de la vida: ¿A quién pertenece? Las hipótesis de respuesta son tres: a Dios, al Estado (sociedad, familia, gobiernos, etc.) al individuo (autonomía del individuo).

Si vamos más allá, hay que responderse a las preguntas sobre el significado del sufrimiento y de la muerte.

En cuanto a los primeros cuatro puntos diremos que la eutanasia es toda acción u omisión intencionales practicadas en los enfermos terminales (o en cualquier persona «no deseada») que les causa directamente la muerte.

El ensañamiento terapéutico es el uso de tratamientos inútiles y desproporcionados que en un enfermo terminal, frente a una muerte inminente, no hacen más que prolongar una dolorosa agonía. La inutilidad y desproporcionalidad es algo que debe ser juzgado por el enfermo en cuanto tal, por el médico, por su familia, por el entorno social (el Estado y sus disposiciones sanitarias justas, los aspectos económicos, los aspectos mentales y espirituales del mismo enfermo, etc.).

Los cuidados paliativos son tratamientos dirigidos a aliviar el dolor en los enfermos terminales. No se trata de curación sino de alivio del dolor. Su finalidad es la calidad de vida, de manera que se disponga al enfermo a efectuar el paso más importante de su existencia, que es el momento de la muerte.

El testamento vital es la voluntad expresa de disponer los últimos momentos de la existencia terrena en el aspecto socio sanitario. Si este testamento dispone la eutanasia, no es aceptable para el pensamiento cristiano. Si este testamento dispone la renuncia al ensañamiento terapéutico, es aceptable para el pensamiento cristiano.

A la pregunta de ¿a quién pertenece la vida?, la respuesta es, en primer lugar a Dios, porque Él nos la ha confiado en administración --como administradores de la misma--. Y como las vertientes de la personalidad son tanto individuales como sociales, pertenece también a la sociedad y a sus instituciones sociales.

La armonía entre estos tres poseedores debe dar como resultado la vida en plenitud, garantizada por Dios mismo, ya que El es verdaderamente su dueño.

En cuanto al sufrimiento, éste debe ser combatido. Cristo murió para vencer nuestra muerte y por tanto a su cohorte, que es el sufrimiento. Sin embargo, Cristo lo combate con su propio sufrimiento que engloba el sufrimiento de toda la humanidad, de manera que el sufrimiento de todos en Él se ha concentrado. De este modo, en realidad, Él mismo los sufre. Si voluntariamente unimos nuestro sufrimiento al de Cristo, combatimos lo más eficazmente dicho sufrimiento. Lo que significa también la obligación sanitaria de ofrecer todos los medios de cualquier tipo, de la ciencia médica, de las técnicas sanitarias, etc., para combatir sanitariamente el dolor.

En cuanto a la muerte, la entendemos como la madurez de la vida, de manera que la vida se constituye por etapas, de las cuales cada una tiene su finalidad de acuerdo al crecimiento humano de todo tipo; la muerte no es el término sino la madurez de todas las etapas que han preludiado su preparación como inicio de una vida plena. Es el sentido cristiano de la resurrección.

Desde estas perspectivas de la vida, el sufrimiento y la muerte se comprende la posición cristiana respecto a la eutanasia, el ensañamiento terapéutico, los cuidados paliativos y el testamento vital.

Labor social en Bogotá

Gimnasio Tundama

44 años formando mujeres para la familia y la sociedad

UN COMIENZO AUDAZ

Un grupo de señoras con sensibilidad social iniciaron hace cuatro décadas largas una gran tarea educativa y social en un barrio del noroccidente de Bogotá: “La Estrada” se llama el sector y a él pertenecen familias de estratos 1, 2 y 3. La tarea no fue fácil y continúa no siéndolo.

Supuso y supone entrega, dedicación y espíritu de servicio, en resumen, mucho amor por los demás. La motiva-



Cecilia E. de Escallón y su esposo Fernando Escallón

ción para emprender esta iniciativa de servicio social, partió de la predicación y el ejemplo de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, quien promovió por todo el mundo iniciativas para la formación de la juventud. Empezaron de cero y hoy tienen un gran colegio que proporciona educación integral a padres, madres e hijos. No sólo se les forma en lo académico y en lo cultural, sino que se les capacita en lo profesional, en lo humano y espiritual.

Comenzaron con un grupo de señoras que recibía formación para sus vidas y manejo del hogar: talleres en confecciones, artesanías, manejo de elementos básicos para mejorar sus ingresos y orientación en la educación de los hijos.

Después se abrieron otras modalidades para potenciar esta capacitación como talleres en belleza y cosmetología, auxiliar contable, corte y confección, pintura en tela, pirograbado e informática.

En 1.976 se inicia el Gimnasio propiamente dicho, según las necesidades que fue manifestando el sector. Se fundó el Gimnasio Tundama para formar niñas, generalmente hijas de las mujeres que habían pasado ya por el Centro. Así se organizaron programas educativos formales con aprobación oficial en la jornada de la mañana y programas informales con señoras en la tarde.

CASI MEDIO SIGLO

En 2006 cumplieron 44 años de labor educativa y apostólica la cual ha servido para elevar el nivel cultural y espiritual de las familias del barrio La Estrada y de sus alrededores.

El Gimnasio fue creciendo en sus diferentes niveles y hoy cuenta con preescolar, básica primaria, secundaria y media vocacional. La alumnas de los grados 9º, 10º y 11º participan de programas articulados con la Universidad del Bosque en manejo de Microsoft Office, diseño de páginas web, HTML, visual, estudio G y programación. El servicio Nacional de Aprendizaje SENA las capacita como operarias confeccionistas industriales. Además se está adelantando la certificación en Belleza y cosmetología. Con estas alianzas estratégicas, el Gimnasio se pone a la vanguardia de las competencias laborales y encamina a las alumnas, no sólo a continuar sus estudios superiores, sino a competir desde el final del bachillerato en el campo laboral, con formación certificada que les abre espacios en el sector económico y productivo del país.

“El programa de confecciones tiene como fin proyectarnos para el futuro, en este caso laboral, que nos genere ganancias y satisfacción por la labor cumplida y bien hecha”, asegura Johanna Matallana, alumna próxima a graduarse.

Según Angie Pinto: “nuestro colegio nos ayuda y enseña a ser competitivas en



el mundo que nos espera afuera, no sólo a ser personas que buscan su satisfacción individual, sino también seres solidarios que buscan convivir con las personas que nos rodean y a darse a los demás, especialmente a los necesitados”.

“Con las escuelas de padres se aprende a tener buenas relaciones con los hijos, a entender y a resolver sus problemas, a ser amigos de ellos”. Anota Ana Cecilia Ramírez, madre de familia.

“Como exalumna promoción 1988 y actualmente docente quiero decir a todas las niñas que es un orgullo sentirse una alumna Tundamista”, dice en su testimonio Hilda Zoraida Martínez.

En el Gimnasio Tundama, la vida transcurre en ambiente de alegría y crecimiento cultural. Los padres participan de las actividades, se involucran y colaboran en las tareas.

MUCHAS ALUMNAS BECADAS

La mitad de las alumnas – hoy son 310 - están becadas por personas naturales o empresas, y las que no lo están, pagan una pequeña suma que además incluye suplemento alimentario.

Es verdaderamente curioso como surgió el nombre del Gimnasio: una mamá que se vinculó a la jornada de la tarde que se tiene para ellas (talleres de artesanías, corte y confección, cerámica, etc.) y que luego continuó estudiando como abuela, recordó que el Caci-

que Tundama – el último jefe de los aborígenes de la Sabana de Bogotá – fue quien dio su vida por sus hermanos indígenas. Este hecho histórico emocionó a las fundadoras quienes adoptaron su nombre como un homenaje a su generosidad.

LA FIGURA DE LA PRECEPTORÍA

No muchos colegios del país tienen la figura de la preceptoría: ayuda integral – personal para las alumnas. En efecto, varias decenas de señoras voluntarias y cualificadas prestan este servicio de ayuda personal directa a las niñas en el campo académico, humano, familiar y profesional.

Pero ahí no termina la labor educativa y social de Tundama: Existe también el “Plan Padrinos” que consiste en que una persona generosa “adopta” a una niña y patrocina sus estudios. Las candidatas son identificadas mediante las visitas domiciliarias en las cuales se detecta la medida de su necesidad. Además, existe la Jornada Adicional, prevista para las niñas con retraso académico y para alumnas “vulnerables”, esto es con discapacidades no severas.

INSTALACIONES MODERNAS

Tundama cuenta con amplias y modernas locaciones: talleres industriales de confección, laboratorios de física, química, inglés e informática; capilla y cafetería. El Colegio está, desde hace algunos años, bajo la asesoría académica de la Asociación para la Enseñanza APAEN, lo que constituye una garantía de calidad en sus planes de estudio. El impacto social de esta obra se aprecia por el número de personas que han recibido de Tundama su influjo, sus enseñanzas, su calor y su preparación para la vida.

A los varios centenares de egresadas, se suman más de 40 mil personas: padres de familia, mamás, jóvenes y niñas que, han pasado por sus aulas y hoy son parte activa de la sociedad, las cuales han recibido, en una u otra medida, las formación del Gimnasio.

FUNDADORES E IMPULSADORES

Tundama fue fundado hace 44 años por Cecilia Escobar de Escallón, quien desde entonces y sin interrupción, ha sido el alma del plantel. Ella, con su alegría y su dedicación, ha impreso al colegio su talante, y su eficacia y su modo de ser, siempre ayudada en todo, de manera decisiva y discreta, por su esposo Fernando Escallón.

Pero ellos no han estado solos en esta noble tarea. Personas como Josefina Soto de Escobar (fallecida), Beatriz Escobar de Escobar, Nora Mahecha de Rojas, María Eugenia de Bermúdez, la ex-rectora profesora Berta Rojas de Katah (30 años de labor), la actual rectora Rafaela Núñez de Valencia y otras muchas personas imposibles de enumerar, le han prestado al Gimnasio invaluables y generosos servicios.

VISIÓN

El espíritu que orienta esta labor se encuentra plasmado en el Proyecto Educativo Institucional, que de sí mismo tiene el plantel y que resume lo que allí se proponen y vienen logrando: “El gimnasio Tundama busca el cambio social con mujeres formadas en valores, competentes laboral y académicamente, capaces de liderar procesos que impacten positivamente en la familia, en el campo laboral, social, cultural y político. Será una alternativa educativa para la mujer, sin ninguna discriminación. Con inspiración cristiana, calidad total e identidad propia.”



San Josemaría Escrivá: PASIÓN POR LA LIBERTAD



Tomado de: *Un personaje por descubrir*, Ediciones Palabra, Salvador Bernal

“**P**orque me da la gana...” con esta frase rotunda y castiza, Josemaría Escrivá sintetizaba la respuesta afirmativa del creyente, capaz de comprometer su existencia por encima de condicionamientos o componendas egoístas. El amor a la libertad fue, a mi juicio, junto con el buen humor, rasgo dominante de su personalidad.

Así lo intuí desde 1956, en mis primeros contactos con miembros del Opus Dei en Madrid: la pasión por la libertad no era exclusiva de mis inolvidables maestros de la Academia Audiencia, en la calle del Prado cerca del Ateneo, sino patrimonio del cristiano. En aquel mínimo piso de Gurtubay mejoré mi comprensión de la espontaneidad y aprendí qué era el pluralismo, un término que casi nadie empleaba en la España de entonces. Mons. Escrivá de Balaguer afirmaba que “como consecuencia del fin exclusivamente divino de la Obra, su espíritu es un espíritu de libertad, de amor a la libertad personal de todos los hombres. Y como ese amor a la libertad es sincero y no un mero enunciado teórico, nosotros amamos la necesaria consecuencia de la libertad: es decir, el pluralismo. En el Opus Dei el pluralismo es querido y amado, no sencillamente tolerado y en modo alguno dificultado” (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 67).

Un mínimo de libertad

Cuando le conocí un día de septiembre de 1960, rodeado de universitarios en el pequeñísimo jardín del Colegio Mayor Aralar de Pamplona (España), alguien le preguntó por el comienzo del Opus Dei en los países

comunistas del Este. La respuesta surgió inmediata: “Cuando haya un mínimo de libertad”. Porque él, que había sufrido en su carne la persecución religiosa por razones ideológicas, no podía enviar irresponsablemente a nadie a trabajar bajo regímenes que ignoraban la libertad de las conciencias y practicaban, en cambio, tipos diversos de “lavado de cerebro”. Pero no era cuestión de coyunturas históricas. Entraban en juego razones profundas. “Sin libertad no se puede amar a Dios”, enseñaba. La facultad de escogerle sin coacción o rechazarle es suprema manifestación de albedrío, y tal vez raíz honda de los demás derechos humanos, como se deduce del Concilio Vaticano II, tan favorecedor de la dignidad de la persona.

Primero la persona

La apertura dominaba la personalidad de San Josemaría Escrivá de Balaguer. Las diversas facetas de su carácter y de la intimidad de su alma están muy entrelazadas. Pero me parece advertir un retorno constante que acentúa —sin oposiciones dialécticas, con espíritu solidario— la primacía de lo personal sobre lo corporativo, de la iniciativa sobre el control, del albedrío sobre la disciplina, de la espontaneidad sobre la organización. Se puede asociar este primado de la persona y de su libertad a las raíces aragonesas y al temperamento de Josemaría Escrivá. Pero lo acrisola su profundización en la fe católica: la afirmación de lo divino no exige minusvalorar lo terreno; al contrario, rechazar o empobrecer las realidades creadas, denotaría quizá un desprecio inadvertido al Dios creador, que desborda amor por sus criaturas. Y, en el centro de la tierra, está el hombre,

objeto del Amor divino por el nuevo título de la Redención. Si Jesús ha entregado su vida por todos, cada hombre —cada uno, uno solo— vale la Sangre de Cristo, tiene un precio infinito. En definitiva, sólo siendo muy humano se puede ser muy divino; y, al revés, las íntimas luchas del espíritu no anulan, sino potencian la propia personalidad.

Libertad, don de Dios

“La libertad, don de Dios”: así tituló el Fundador del Opus Dei una homilía de 1956, en la que evoca el tono afable con que habla Jesús a las gentes de Palestina, sin pretender nunca imponerse, como sintetiza la escena del joven rico: “Si quieres ser perfecto...” El muchacho se alejó entristecido: “perdió la alegría porque se negó a entregar su libertad a Dios”. En cambio, la entrega cristiana es gozosa atadura, amorosa espontaneidad, libertad de hijo y no de esclavo. En 1985, Cornelio Fabro destacaría la innovación que suponían estas enseñanzas, también respecto del pensamiento moderno: “Hombre nuevo para los tiempos nuevos de la Iglesia del futuro, Josemaría Escrivá de Balaguer ha aferrado por una especie de connaturalidad —y también, sin duda, por luz sobrenatural— la noción originaria de libertad cristiana. Inmerso en el anuncio evangélico de la libertad entendida como liberación de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y, después de siglos de espiritualidades cristianas basadas en la prioridad de la obediencia, invierte la situación y hace de la obediencia una actitud y consecuencia de la libertad, como un fruto de su flor o, más profundamente, de su raíz”.

Estuve en diversas ocasiones de mi vida junto al Fundador del Opus Dei. Resultaba patente su espíritu de comprensión. Su temple acogedor excluía por completo las cautelas negativas, las desconfianzas medrosas, la confrontación, las descalificaciones globales, actitudes incompatibles con un corazón cristiano, porque “el que tiene miedo no sabe querer”, según traducía libremente el conocido pasaje de la primera Epístola de San Juan. Y es que el amor cristiano, añadía el Fundador, “se dirige, antes que nada, a respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo del Creador”. Fue otra de mis vivencias, cuando le conocí en 1960: sin libertad no se puede amar a Dios ni construir la convivencia; de la plenitud enamorada del corazón surge el compromiso social, con espontaneidad y pluralismo; en definitiva, la comprensión y confianza en el hombre es fuente de las libertades, lejos de todo pesimismo.

Libertad y convivencia

Recuerdo la energía con que explicaba en Tajamar, a gentes de Vallecas, en un barrio pobre de Madrid, la libertad de las conciencias, un domingo de 1967: nadie puede elegir por nosotros; cada alma es dueña de su propio destino. Sus palabras excluían por completo el anonimato, tanto en la lucha interior íntima, como cara a los hombres. Cada uno se juega su propia vida. Por eso, en la

Prelatura del Opus Dei se conjuga el yo: los fieles de la Obra no van en grupo, sino abiertos en abanico. Luchan —a pesar de evidentes defectos— por santificarse, en su propio sitio en el mundo. Sin libertad, no es posible la convivencia pacífica entre los ciudadanos.

Algunos han interpretado mal aquel punto de Camino sobre “santa coacción”, que urge la responsabilidad apostólica y espiritual de los cristianos, lejos de comodidades o indiferencias. Resuena el eco del *compelle intrare* —obliga a entrar— con que se convoca en la parábola evangélica a los invitados a la Gran Boda. Esa “coacción” nada tiene que ver con la política, ni entraña violencia física o moral: refleja el ímpetu del ejemplo cristiano, cauce de la gracia de Dios. Bien lejos estaba de servidumbres humanas, quien escribía en Surco No. 397, graves palabras sobre el autoritarismo dictatorial. Me emocioné en un acto académico celebrado en Pamplona (España), el 7 de octubre de 1972. Lo clausuraba Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, como Gran Canciller de la Universidad de Navarra. En un pasaje de su discurso, le salía del alma la mentalidad jurídica, amante de las libertades: “el Derecho ordena según justicia la convivencia de los hombres y de los pueblos, y garantiza contra los abusos y tiranías de quienes querrían vivir o gobernar a tenor de su propio arbitrio o de su fuerza prepotente”.

Libertad, pues, en la vida política y social. Apertura también en la

ciencia y en la cultura. No hay fideísmos que valgan, ni clericalismos o fundamentalismos: porque no caben dogmas en las cosas temporales. Como titulaba *La Stampa de Turín* en el contexto de su beatificación, Josemaría Escrivá será un santo “anticlerical”... Quiere esto decir que pugnó por difundir —con alma sacerdotal: no es un juego de palabras— la auténtica mentalidad laical, que lleva —no importa repetir un texto suyo muchas veces recogido—: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas. Josemaría Escrivá no fue un cura osado durante la II República española, ni levantó el brazo en la postguerra. Fomentó la paz y la comprensión antes y después y siempre. Defendió la libertad de las conciencias. No admitió la violencia: “no me parece apta —declaraba en 1966 a *Le Figaro*— ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad”.

San Josemaría vibraba ante la libertad, ese gran privilegio del hombre, que aletea en los misterios de la fe, sin desconocer su claroscuro. No dejó de aludir con realismo a tristes voceríos que conducen a trágicas servidumbres. Dirigió el Opus Dei con prudentes normas pastorales. Pero, sin pesimismo alguno, manifestó un profundo amor a la libertad de los demás, convencido de que la comprensión y la confianza fundamentan una convivencia armónica y plural. Y vuelvo a la frase con que arranqué este artículo. En 1964 preguntaron a Mons. Escrivá de Balaguer en el Teatro Gayarre de Pamplona: ¿qué posición tienen los fieles del Opus Dei en la vida pública de las naciones? La respuesta, rota por una espontánea ovación, se inició con estas palabras verdaderas: “¡La que les dé la gana!”. Así, siempre y en todo.



La Iglesia es mucho más que una institución humana

AMOR A LA IGLESIA, RESPONSABILIDAD EN LA IGLESIA

Por Javier Echevarría. Obispo Prelado del Opus Dei, Tomado de "Itinerarios de vida cristiana"



"Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!..." Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...". Y también: "¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!". Estas palabras de Camino, que brotaron del corazón enamorado de san Josemaría, resumen una de las convicciones más características de la conciencia cristiana; a saber, que nadie es cristiano aisladamente; se es cristiano en la Iglesia y por la Iglesia.

La Iglesia es mucho más que una institución humana; más, también, que la simple reunión de los que, participando de una misma fe, continúan la tradición nacida hace veinte siglos en tierras de Palestina. La Iglesia está formada por hombres, pero viene de Dios. Y esto no sólo porque Cristo, Hijo de Dios encarnado, la constituyó llamando a los primeros discípulos y enviándoles después a predicar hasta los confines del mundo, sino, además, porque Él —como lo prometió expresamente, en frase recogida por san Mateo— permanece con su Iglesia, "todos los días hasta el fin del mundo"; porque, en unión con el Padre, envía el Espíritu Santo, que, actuando desde el momento del Bautismo en el alma de cada cristiano, y asistiendo a los Pastores, hace surgir la comunidad eclesial y la guía, manteniéndola en la verdad y comunicándole la vida (...).

Por el Bautismo, todos los fieles nos convertimos realmente no sólo en seguidores de Cristo, sino en miembros de su Cuerpo Místico, participes de su sacerdocio. Todos los bautizados, en efecto, han recibido el sacerdocio común de los fieles, en virtud del cual están llamados a cooperar en la misión que Él vino a realizar en la tierra. Cada uno cumplirá esta misión según el modo que le sea propio, según su personal vocación; pero todos hemos de llevarla a cabo unidos estrechamente a los Pastores,

que han recibido —por el sacramento del Orden— el sacerdocio ministerial.

Conocer con profundidad el misterio de la Iglesia lleva a aumentar nuestro amor hacia Ella y a desear servirla como hijos cada día más leales. De igual modo, adentrarse en el designio divino que encierra el ministerio del Papa y de los demás Obispos mueve necesariamente a agradecer a la providencia divina —al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo— los medios que ha dispuesto para cuidar de la fidelidad de nuestra fe y de la rectitud de nuestro obrar moral. Empapados con esa convicción de fe y caridad, los cristianos debemos esforzarnos por mantener bien fuertes los vínculos de unidad de la Iglesia, con una adhesión viva y real al Papa y a los demás Obispos en comunión con el Sucesor de Pedro. El afecto filial, recio y sincero, al Romano Pontífice lleva a amar y a rezar intensamente por los Obispos en el mundo.

Así, con responsabilidad personal, con espontaneidad apostólica y con sentido eclesial, tomará cuerpo el deseo que le gustaba formular a san Josemaría: *omnes cum Petro, ad Iesum per Mariam*; todos, unidos a Pedro y la Iglesia, y protegidos por la intercesión poderosa de Santa María, podremos llegar —llevando con nosotros a la humanidad entera— hasta Jesús, Amor de nuestros amores.

Oficina de Información de la Prelatura del Opus Dei en Colombia.

Calle 98 No. 15-17 • Oficina: 303 • Teléfono: 691 40 83 - 691 40 75

E-mail: press@opusdei.org.co - www.opusdei.org.co